



El juego académico y la historia aplicada

*Wilson Picado Umaña**

Resumen: Este artículo trata de la práctica de Historia Aplicada en la Escuela de Historia, Universidad Nacional, Costa Rica. Con base en la experiencia de investigación del autor en proyectos de Historia Agraria y Desarrollo Rural, discute el papel del historiador en proyectos interdisciplinarios que exigen una relación con otros científicos, comunidades y actores sociales determinados.

Palabras claves: historia, Historia Aplicada, investigación, sociedad, Costa Rica.

Abstract: This article deals with the practice of Applied History at the Escuela de Historia, Universidad Nacional, Costa Rica. Based on the author's research experience in Agrarian History and Rural Development projects, it discusses the historian's role in interdisciplinary projects demanding a relationship with other scientists, communities, and specific social groups.

Keywords: history, Applied History, research, society, Costa Rica.

Fecha de aprobación 12/11/12 • Fecha de recepción 8/3/13

* Costarricense. Doctor en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela, España. Profesor e investigador de la Escuela de Historia y la Maestría en Historia Aplicada de la Universidad Nacional, Costa Rica. Es investigador del Programa Regional de Maestría en Desarrollo Rural, de la Escuela de Ciencias Agrarias de esa misma universidad. Correo electrónico: wilson.picado.umana@una.cr / wpicado@gmail.com

Introducción¹

A mi modo de ver, el concepto “Historia Aplicada” lleva un adjetivo que tiene la función de una reiteración intencional. La Historia puede ser aplicada de diferentes maneras o modalidades. El abanico de opciones es amplio e incluye desde la utilización del conocimiento histórico para implementar en el presente sistemas de cultivo de tipo orgánico y con variedades locales, hasta la interpretación historiográfica de un pasado, con el objetivo de recrear una identidad nacional o regional y legitimar así un sistema de poder. El conocimiento es potencialmente aplicable según se quiera ver. Al hablar de Historia Aplicada en este artículo se hace con el conocimiento del principio anterior, con la advertencia de que se trata del recuento de una experiencia que surgió en un contexto histórico e historiográfico concreto. Es decir, de aquella surgida a partir del plan de posgrado adscrito a la Escuela de Historia de la Universidad Nacional, consolidado en la segunda mitad de los años noventa, con orígenes rastreables desde la segunda mitad de los años setenta y la década de 1980. El principio de intencionalidad se encuentra asociado, en este caso, con una tradición de investigación que giraba en torno a las temáticas sociales agrarias, la cual halló en el concepto de Historia Aplicada una vía para expresar su interés en acercarse a los actores rurales -sociales en general-, ya no solo a manera de práctica de entrega de resultados, sino más bien, mediante el planteamiento de problemas de investigación que surgieran de agendas comunes o de la contrastación de agendas diferenciadas.

Los principios de reiteración e intencionalidad son elementos útiles si los pensamos en la forma de anclajes. La noción de que la Historia Aplicada reitera lo que la Historia Académica ha demandado por años, esto es, la necesidad de tomar en cuenta en todo momento el impacto y la pertinencia social del conocimiento histórico, es una valiosa manera de mantenernos fieles a patrones y principios que han guiado la conversión de la Historia de un conocimiento elitista y episódico a uno con utilidad social, producido a partir de formas científicas de validación.² En este punto, el anclaje permite tener a mano el debate sobre el

1 Este artículo es una versión de una ponencia presentada en la “Primera Jornada Interuniversitaria de Investigadores: Economía, Ambiente, Sociedad y Cultura en Perspectiva Histórica (UNA-UCR)”, celebrada el 19 de octubre de 2012 en la Universidad Nacional. El autor agradece a las coordinadoras del evento, Marcela Otárola y Diana Rojas, por la invitación a participar en dicha actividad. Asimismo, agradece las observaciones de los evaluadores designados por la *Revista de Historia* y los comentarios de Maximiliano López, Diana Rojas y José Manuel Cerdas.

2 Se entiende como “Historia Académica” aquella que es producida en un contexto universitario, por ejemplo, con base en los mecanismos de validación propios del mundo científico. Sin embargo, la distinción entre Historia “académica” y “aplicada”, como se verá más adelante, es hasta cierto punto discursiva, establecida para los efectos de esta argumentación.

papel del historiador en la sociedad, con todas las discusiones que ello implica. Por otra parte, la intencionalidad es una forma de posicionar nuestra práctica en un momento en particular, en las condiciones en las cuales se desarrolló la Historia Aplicada en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional. Es decir, el anclaje histórico de la tradición. En nuestro caso, lo anterior se traduce en el posicionamiento teórico y metodológico en el que se desarrolló la primera promoción del posgrado, oscilante entre las referencias hacia la Economía Rural francesa, bajo la batuta de Paul Sfez³ y Mario Samper,⁴ los aportes de una Historia Económica más clásica –de la mano de Héctor Pérez Brignoli–,⁵ de la Historia Agraria colonial –José Antonio Fernández–,⁶ la lectura del mundo rural desde la óptica del poder por parte de Patricia Alvarenga⁷ y la Historia Ambiental, en la persona del profesor holandés Albert Schram.⁸ Como se nota es, un mosaico de acercamientos y utillajes teóricos y metodológicos.⁹

3 Paul Sfez impartió los cursos de Economía e Investigación. Además de desarrollar un ciclo introductorio acerca de Principios de Economía, en varios cursos implementó la Metodología de cálculo económico asociada con el Enfoque Sistemico. Sfez había sido discípulo de Marcel Mazoyer y Marc Dufumier en el Instituto Nacional Agronómico (París-Grignon), por lo que traía consigo un sólido bagaje teórico y metodológico.

4 Mario Samper estuvo a cargo de los cursos de Metodología de la Investigación e Interdiscipliniedad –“Problemas, métodos y fuentes de la Historia Agraria”–. Se trataba de cursos híbridos que combinaban la lectura de clásicos mundiales de la Historia Agraria, estudios aplicados en el Enfoque Sistemico y seminarios con expertos costarricenses en Desarrollo Rural.

5 Héctor Pérez Brignoli impartió el curso Teorías del cambio tecnológico y social en el agro. Era un curso en el que se repasaban algunas de las teorías más relevantes sobre el cambio tecnológico. Así, por ejemplo, se revisaban textos de Hayami y Ruttan, Robert Solow, J. Elster, Snodgrass y Wallace, entre otros.

6 El profesor Fernández estuvo a cargo del curso “Historia de los sistemas agrarios de América Latina”. El curso permitía hacer una lectura de los trabajos entonces recientes sobre la Historia Agraria de América Latina, principalmente de aquellos enfocados en el periodo colonial, tales como el estudio de Florencia Mallon, *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (California, EE.UU.: University of California Press, 1995) y Steve J. Stern, “Feudalism, Capitalism and the World-System in the Perspective of Latin America and the Caribbean”, *The American Historical Review* (EE. UU.) 93, n. 4 (octubre 1988): 829-872.

7 La profesora Alvarenga tenía a su cargo el curso Estado y Desarrollo Agrario en América Latina. Este curso hizo un repaso de teorías y enfoques pertinentes para entender las relaciones de poder y el desarrollo del Estado en América Latina. La lectura abarcaba una lista diversificada de temas y autores: desde estudios sobre Gramsci y Foucault hasta trabajos de Alan Knight, entre otros.

8 El profesor Albert Schram tuvo a su cargo el curso Sistemas de producción agropecuaria y medio ambiente. La bibliografía del curso contaba con una serie de estudios y nombres que entonces resultaban innovadores en el contexto nacional, pues se trataba de reconocidos autores en los campos de la Historia Ambiental y la Economía Ambiental –y Ecológica– en Europa y los Estados Unidos. Así, por ejemplo, se repasaron trabajos de A. Crosby, E.L. Jones, D. W. Pearce y Martínez-Alier, entre otros.

9 Si bien era indudable el peso de la Historia Agraria convencional y la Economía Agrícola en el plan de estudios, la anterior descripción de los cursos da cuenta de que había una diversidad temática girando alrededor del posgrado. Debe tomarse en cuenta, además, que en el programa de investigación adscrito a la Maestría existían proyectos focalizados en temáticas como relaciones de poder y mercados, por ejemplo, y en los que participaban investigadores como Gertrud Peters, Brunilda Hilje, Margarita Torres y Carlos Naranjo, entre otros.

Esta es la primera condición a partir de la cual se estructura este artículo. Nuestra premisa es que la Historia Aplicada no es nada más que una forma de subrayar la idea de que el conocimiento histórico debe ser socialmente pertinente. Pero no es nada menos que una específica forma de propiciar dicha pertinencia mediante un acercamiento con los actores sociales, con base en propuestas teórico-metodológicas híbridas e innovadoras. La segunda condición es de tipo metodológica. Antes que ofrecer una definición terminológica, en este documento trataremos de fijar un marco de referencia de los problemas o situaciones que forman parte del trabajo en Historia Aplicada y que particularizan su praxis con respecto a formas tradicionales de investigación histórica. Abordaremos este problema haciendo uso del concepto de juego, y en particular, de juego académico. Para los efectos del caso, se parte de la noción de que como investigadores universitarios estamos inmersos en un juego, en un cúmulo de interacciones entre actores, sujeto a reglas específicas, con relaciones de cooperación y retribución entre actores y con diferentes tipos de resultados. Esta es una opción de análisis versátil para abordar un problema ciertamente complejo: la aparente doble vida de la Historia Aplicada. En nuestro medio, el historiador que pone en práctica la investigación aplicada usualmente forma parte de una comunidad universitaria, que lo presiona a legitimarse en su espacio gremial o de validación científica, a la vez que es capaz de trascender esos espacios y construir relaciones con actores fuera de la universidad. Esto implica que el historiador, como actor, se mueve en escalas y dinámicas de poder, así como en lenguajes de legitimación diferenciados y asociados con dos mundos que, en apariencia, son distintos: el mundo dentro y fuera de la academia.

Este artículo es una intrahistoria personal que constituye, en el decir de Bourdieu, un intento por “objetivar” un campo de investigación y, especialmente, de objetivar la práctica del sujeto objetivamente, en este caso, de quien suscribe.¹⁰ En este sentido, es un balance de desafíos y experiencias a los cuales usualmente se enfrenta un historiador en el momento de ir al campo, haciendo uso de ejemplificaciones y argumentaciones provenientes, en su mayoría, de proyectos de investigación asociados con temáticas de Historia Agraria y Ambiental, así como de investigaciones relacionadas con el Desarrollo Rural.¹¹ Este balance

10 Véase: Pierre Bourdieu, *Homo academicus* (Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores, 2008), 291.

11 La discusión sobre Historia Aplicada ha estado abierta desde hace varios años en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional. Si bien hay pocos textos escritos –en su mayor parte, mimeografiados–, producto de reflexiones de Mario Samper y aportaciones de José Daniel Gil y José Manuel Cerdas, el debate sobre lo que se entiende por “Historia Aplicada” es común en dicha escuela. No obstante lo anterior, esta “objetivación” de la práctica, para continuar con Bourdieu, no se ha canalizado hacia el público mediante artículos o publicaciones de acceso general. Una iniciativa que está en proceso de edición es la compilación de las ponencias del Taller de Historia Aplicada, celebrado en diciembre de 2009, en la Maestría en Historia Aplicada, Heredia, Costa Rica.

se realizará a partir del tratamiento de cuatro aspectos en concreto, a saber: la relación de la Historia Aplicada con el presente, la interacción de la Historia Aplicada y los actores sociales, el juego del historiador y otros actores disciplinarios –el problema de la interdisciplinariedad–, y el juego del historiador con sus iguales, es decir, la posición del investigador de campo en el interior de su comunidad científica.¹²

El tiempo como variable de juego

Existe la noción de que la Historia Aplicada está asociada con la Historia del Presente o la Historia Contemporánea.¹³ Esta idea es comprensible si se toma en cuenta que una buena parte de las tesis y de las investigaciones se han focalizado sobre procesos históricos, cuyo período de desarrollo se centra en la segunda mitad del siglo XX y los primeros años del presente. Es, además, consecuente con el hecho de que muchos de sus autores se han especializado en el análisis de la época contemporánea. Sin embargo, aparte de que existen excepciones a la regla, la Historia Aplicada pretende tener una relación más compleja con el presente.¹⁴ La relación con el presente, antes que una vinculación cronológica que une lo actual con el pasado inmediato mediante un período de estudio, es una interacción entre un proceso histórico cualquiera y determinadas expectativas sociales o científicas. Esto significa que no es solamente la capacidad del historiador para entender el presente en el contexto de un pasado más o menos alejado lo que define la aplicabilidad, sino más bien, y diríase que sobre todo, es la capacidad para situar

12 Al hablar del investigador de campo se hace referencia a aquel historiador que dedica una porción significativa de su jornada laboral para la realización de giras y visitas a las comunidades, así como la aplicación de entrevistas y la organización de conversatorios o talleres. Es un investigador que igualmente es usuario de archivos y las fuentes tradicionales de información, que hace uso, además, de metodologías y de utillajes que demandan su aplicación sobre el terreno, en interacción con grupos de actores sociales.

13 Este tipo de estudios y enfoques parten de una delimitación cronológica del presente para distinguir sus prácticas. La contemporaneidad de los temas y de las fuentes –incluidas las orales– es un rasgo determinante en común, además de cierta propensión al diálogo interdisciplinario con la Sociología, la Política y la Economía. A pesar de lo anterior, los grados de posicionamiento con respecto al presente varían y, en algunos casos, es posible encontrar análisis de presentes “cercaños” –de Historia inmediata– o estudios de presentes “extendidos”, que abarcan hasta la mitad del siglo XX, o incluso más atrás aún. Para el caso español, véase la *Historia del Presente* en: <http://historiadelpresente.blogspot.com> (Última revisión: 25-10-2012) y <http://www.cihde.es/revista> (Última revisión: 25-10-2012). En España existe también una “Asociación de Historia Contemporánea”, organizada desde 1988 y que cuenta con una respetada revista: *Ayer*. Al respecto, véase: <http://www.ahistcon.org> (Última revisión: 25-10-2012).

14 Al respecto, véanse las siguientes tesis: José Aurelio Sandí, *La Diócesis de San José y su apoyo al Estado costarricense en el proceso de control sobre el espacio geográfico del país (1850-1920)* (Tesis de Maestría en Historia Aplicada con énfasis en Historia del Poder y Control Social, Universidad Nacional de Costa Rica, 2009), y, Andrea Montero, *La construcción histórica de la calidad del café de Costa Rica (1890-1950)* (Tesis de Maestría en Historia Aplicada, Universidad Nacional de Costa Rica, 2011).

temporalmente su estudio en el contexto del intercambio con las expectativas o las necesidades de un grupo social en la actualidad. De este modo, lo que puede ser exclusivamente presentista en la Historia Aplicada es la posibilidad del planteamiento del problema de investigación, así como de la construcción e interpretación del dato, entendiendo que ambas cosas surgen de la relación y la cooperación entre el investigador y los grupos o sectores involucrados en el estudio. Nada indica, sin embargo, que dicha práctica deba ser presentista exclusivamente desde el punto de vista de la definición del período de estudio.

La Historia Aplicada reivindica, en su debido contexto, la máxima que defendían los historiadores fundadores de los Annales, de comprender el presente a partir del estudio del pasado.¹⁵ La vuelta a los Annales es pertinente para nuestro caso en varios sentidos. El primero de ellos es de tipo metodológico. Si la Historia Aplicada reafirma la importancia del vínculo con el presente -en términos de la relación con los actores-, esto implica que el investigador debe prepararse adecuadamente para conocer la realidad actual de su problema de investigación. O mejor dicho, que es necesario el conocimiento de dicha situación para la formulación de un problema de investigación pertinente para la Historia Aplicada.¹⁶ Conocer el presente supone reconocer aquel concepto que Marc Bloch llamaba el “intervalo psicológico entre las generaciones”: la forma diferenciada mediante la cual los seres humanos razonan la distancia entre su presente y su pasado, según su tiempo histórico.¹⁷ La Historia Aplicada, en el marco de su vinculación con grupos sociales, ha de tomar en cuenta que la periodización y el abordaje de los procesos deben considerar la presencia de tiempos históricos distintos entre dichos actores y el investigador. En esta línea, el historiador debe alejarse de lo que Bloch entonces denominaba la “atmósfera modernista”: la noción de que el pasado de determinados procesos se hallaba unido, de modo lineal y estricto, con las causas inmediatas y visibles.¹⁸ Lejos de una causalidad lineal, que acerca al presente con su pasado inmediato, la Historia Aplicada busca el desarrollo de una causalidad compleja a partir de la interacción entre los intereses sociales y los académicos. Esta interacción halla su concreción metodológica en el proceso de construcción del problema de investigación y del dato. De la tensión entre uno y otro surge lo que puede denominarse como el “pasado socialmente

15 Véase particularmente: Marc Bloch, *Introducción a la Historia* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1982), 38.

16 Sobre la importancia de reconocer -y conocer- el presente, me permito recordar una frase de Ruggiero Romano, incluida en una obra que homenajeaba su trayectoria, en la que afirmaba que había elegido ser historiador “para aprender a leer bien los periódicos”. Véase: Alejandro Tortolero (coord.), *Construir la Historia. Homenaje a Ruggiero Romano* (México, D.F.: Instituto Mora, 2008), 27.

17 Bloch, 32.

18 *Ibid.*, 33.

significativo”): la coyuntura histórica que permite explicar determinada situación en el presente, que resulta independiente de la distancia cronológica, pero que está íntimamente relacionada con las necesidades sociales -comunitarias y académicas- de explicación en el presente.¹⁹ Otro postulado de los Annales es adecuado para cerrar este punto: al ser la Historia el estudio de los seres humanos en el tiempo, la Historia Aplicada tiene la alternativa de incorporar una dimensión prospectiva en sus estudios. Se trata, de esta manera, de comprender el presente por el pasado para proyectar escenarios de futuro, tal y como lo ha desarrollado de forma pionera el profesor Mario Samper desde hace varios años.²⁰

El historiador y los actores sociales

En los últimos años, la vuelta a la comunidad ha tomado fuerza como tendencia en las disciplinas dedicadas al estudio de los problemas ambientales. Esta tendencia sugiere que el análisis de determinados problemas ecológicos o la gestión de sus posibles soluciones se focalicen en el ámbito local y comunitario. Se considera que, si bien es necesaria la comprensión y gestión global de dichos

19 Tómese un ejemplo. Las primeras tres tesis de la Maestría en Historia Aplicada se situaban temporalmente entre 1935 y el año 2000, con una tendencia a concentrarse en el lapso 1950-2000. En nuestro caso en particular, se trataba de una tesis que analizaba el cambio tecnológico en la producción de café a partir de 1950 en una región del suroeste del país. Recuerdo que en el momento de establecer los contactos con los actores regionales se intentó subrayar la relevancia del estudio, porque permitía entender la evolución reciente de la caficultura regional. Contrario a nuestro afán, muchos de esos actores se mostraron particularmente interesados en los ciclos históricos más alejados del presente, aquellos que estaban situados en la década de 1950. Esto era contradictorio, porque nuestro propósito era evaluar el carácter acumulado del cambio técnico y su evolución dramática a partir de la década de 1980. Desde nuestro punto de vista, este era el dato pertinente para entender lo que había pasado desde entonces, no lo que ocurrió en 1955 o antes. Una década después, hemos tenido la oportunidad de retomar la investigación en torno al café y lo que nos encontramos es que, en efecto, es en la década de 1950 donde se pueden identificar elementos de ese “pasado significativo” del que se habla en este artículo. Ha sido la demanda y la expectativa del presente lo que ha deparado tal cosa. En tiempos actuales, con precios fluctuantes y costos de producción crecientes, el tema energético ha cobrado un particular interés para los productores del grano tanto como el componente de sustentabilidad ambiental de sus sistemas de cultivo. 1955 representa para estos efectos un *parteaguas* que permite entender la transición energética que experimentó la caficultura de Costa Rica en menos de dos décadas, así como para evaluar la sostenibilidad de los sistemas de producción policultivistas y de tipo orgánico, entonces dominantes. Muchas de las variaciones técnicas que se están introduciendo en la caficultura convencional seguramente hacen lectura y toman nota de las formas de cultivo con las cuales atendían sus plantaciones los abuelos de los agrónomos y de los productores modernos.

20 El profesor Samper ha sido un pionero en Costa Rica en el análisis histórico y prospectivo. Entre su producción, véase: Mario Samper, *Historia, identidad y prospectiva territorial. Ponencia presentada en la Primera Jornada Interuniversitaria de Investigadores: Economía, Ambiente, Sociedad y Cultura en Perspectiva Histórica* (Heredia, Costa Rica: Universidad Nacional de Costa Rica, octubre de 2012). Además, Mario Samper, *Historia Aplicada y Análisis Prospectivo. Informe final de Proyecto de Investigación* (Heredia, Costa Rica: Escuela de Historia, Universidad Nacional de Costa Rica, sin publicar, 2001-2002).

problemas, es la esfera local el espacio óptimo para implementar estrategias de mejoramiento y cambio en forma sostenible. Autores como Daly y Cobb han abordado este problema desde la perspectiva económica.²¹ Víctor M. Toledo, por su parte, ha reivindicado la necesidad de que la gestión de los problemas ambientales ocurra en el marco de un “desarrollo comunitario”, de un “mecanismo de carácter endógeno por medio del cual una comunidad toma -o recupera- el control de los procesos que la determinan y la afectan”.²² Para este autor, la “capacidad autogestiva” de las comunidades implica que estas tomen el control de su territorio, de los recursos naturales allí presentes, de sus valores culturales e identitarios, de la regulación de los intercambios económicos y de los procesos políticos que ocurran en el espacio, en busca de una democracia comunitaria.²³ Estos mismos objetivos guían buena parte del trabajo en las disciplinas afincadas en el Desarrollo Rural.

Estas tendencias constituyen una oportunidad para que la Historia Aplicada potencie su vinculación con estrategias de cambio comunitario.²⁴ No obstante, la presencia del historiador en las comunidades o entre los grupos sociales en general constituye un desafío para su acción profesional desde el punto de vista metodológico, logístico y, especialmente, desde el punto de vista político y de su participación en juegos de poder. La salida al campo implica para el historiador un costo de oportunidad. Supone alejarse de su espacio natural, la comunidad científica, en el cual se ha formado y se ha validado según las reglas previstas del juego. Para consolidar su estatus en este espacio ha invertido entre ocho o diez años para doctorarse, el trabajo correspondiente de, al menos, una decena de publicaciones especializadas y una agenda de lectura que lo ha convertido en un experto en un tema determinado, probablemente focalizado en un período y en una problemática en particular. Se puede decir que ha invertido cerca de una década en formar un capital de legitimidad en el gremio. Salir al campo no significa que este capital se pierda, todo lo contrario, en muchas ocasiones es precisamente este conocimiento experto el que permite que se establezca una conexión con una iniciativa institucional o comunitaria.

Sin embargo, dicha salida obliga al historiador a replantearse dos cuestiones: primero, el problema de la participación en juegos en los cuales no conoce

21 Herman E. Daly y John B. Cobb, *Para el bien común. Reorientando la economía hacia la comunidad, el ambiente y un futuro sostenible* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1993), 149.

22 Martín Boada y Víctor Toledo, *El planeta, nuestro cuerpo. La ecología, el ambientalismo y la crisis de la modernidad* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica-SEP-CONCYT, 2003), 176-177.

23 *Ibid.*, 177-178.

24 Sobre la importancia de la dinámica comunitaria, véase además: Enrique Leff, *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza* (México, D.F.: Siglo XXI Editores, 2009), 396-456.

detalladamente las reglas y en los que, en principio, cuenta con un capital de legitimidad en construcción o nulo.²⁵ En segundo lugar, el problema de la validación en dichos juegos, más allá de su condición de experto.²⁶ La participación en estos juegos implica, en efecto, nuevas reglas y mecanismos de cooperación o retribución.²⁷ Por una parte, se trata de reglas que, a diferencia del mundo científico, pueden cambiar de manera imprevista, sin aviso ni justificación alguna. Por lo general, estos cambios ocurren en el marco de variaciones en las expectativas o necesidades de los actores participantes. Por otra parte, es también común que estas reglas y variaciones se traslapen entre sí, mezclando dinámicas o procesos de distinta índole. La variabilidad de las reglas de juego tiene al menos dos implicaciones, según nuestra experiencia. La primera de estas implicaciones es de tipo logística y se relaciona con los tiempos de respuesta o reacción. Es usual que en la academia se manejen tiempos de respuesta dilatados, con márgenes y prórrogas suficientes para la entrega de resultados o productos. Esto es diferente cuando se interactúa con productores agrícolas o líderes comunales, para citar dos casos, quienes suelen manejar necesidades con plazos cortos de respuesta. La segunda implicación es más difícil de sobrellevar: aunque llegue en su condición de experto, también es posible que a lo largo de una investigación el historiador asuma papeles de moderador o intermediario en problemas o conflictos en el interior del grupo o comunidad y que experimente, de parte de estos, una validación que trascienda la especialidad técnica, o bien, que la cuestione en sí misma. Por un lado, aunque mantenga el rol de especialista, el capital de legitimidad que ha acumulado se constituye en una razón para que los actores o grupos le asignen roles “políticos”. Este es un desafío metodológico para el investigador, porque demanda el dominio de competencias en métodos y prácticas que no forman parte del currículo clásico de su disciplina, tal como la gestión de

25 En cualquier “juego”, la legitimidad y la confianza son variables determinantes para que la interacción sea significativa. Aquellos que han trabajado sistemáticamente las entrevistas personales con seguridad reconocerán la importancia de estos elementos para lograr un diálogo y una conversación fluida y enriquecedora para las partes involucradas.

26 ¿Qué es un experto? La noción de “experto” forma parte del utillaje de la ciencia moderna: se trata de un especialista que conoce sobre un tema desde el punto de vista técnico, sobre el cual no necesariamente tiene el mismo grado de conocimiento práctico o en el campo. O bien, es un actor que no necesariamente se halla “en medio del problema” por atender, por tanto, que su marco de expectativas de solución o de emergencia no es el mismo que las comunidades o actores sociales con los cuales trabaja. Para un abordaje crítico de la condición de “experto”, véase: Jacques Theys, y Bernard Kalaora, *La tierra ultrajada: los expertos son formales* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1996).

27 Un interesante trabajo de relación entre investigadores y grupos de productores, haciendo uso de la Teoría de Juegos, es: Guillermo Zúñiga Arias, Sietse Sterrenburg y Sebastian Meijer, “Gaming Simulation. Una herramienta para el análisis de las cadenas de comercialización. El caso de la cadena del mango en Costa Rica”, en: *Cadenas globales. Enfoque y aplicaciones para agroindustrias de países en desarrollo*, (eds.) Rafael Díaz Porras, Wim Pelupessy y Fernando Sáenz Segura (Heredia, Costa Rica: EUNA, 2009), 309-334.

grupos. Es, además, un desafío desde el punto de vista del reconocimiento de su papel en el juego: ¿historiador, moderador, árbitro o todos juntos?

Según sea el caso de la investigación que se lleve a cabo y el tipo de interacción que se haya generado con el grupo, una vez inmerso en el juego de poder existe la posibilidad de que se ponga en duda su condición de experto, lo que es riesgoso en términos de la pérdida de legitimidad que ello supone. No obstante, dicha pérdida puede darse también de un modo positivo en la forma de una conversión del rol “verticalista” del historiador, que le permite pasar de ser considerado -y de considerarse a sí mismo- un especialista que introduce a la comunidad un utillaje analítico proyectado como superior y objetivo, a un actor directo en el juego que conserva su identidad disciplinaria y su función crítica, pero que se comprende a sí mismo como un jugador más en el proceso de construcción del conocimiento.²⁸ Es decir, que “horizontaliza” su participación y su interacción con los otros actores.

El problema de la inserción del historiador en los juegos de poder de la comunidad o el grupo social da cuenta de los mecanismos de cooperación y los lazos de reciprocidad que se establecieron en su entorno. Otros mecanismos o relaciones resultan igualmente importantes: los de retribución o pago. En estos casos, es usual que el historiador tome la figura de consultor, que delimita su relación con el grupo o comunidad a partir básicamente de la realización final de un informe o documento. Este tipo de vínculos son comunes. No obstante, al igual que con el tiempo presente, la Historia Aplicada pretende tener una relación más compleja con respecto a este tema del producto, retribución o pago. Si bien es inevitable pensar en que la relación historiador-comunidad estará focalizada en el informe final de consultoría, no hay que dejar de lado el valor de las externalidades derivadas de dicha relación. La primera de estas externalidades es la creación de una agenda de contactos que, según sea el caso, tiene un apreciable valor académico para el desarrollo de futuras investigaciones o actividades. La segunda se refiere a la documentación gris producida alrededor de la consultoría, tales como los instrumentos aplicados en los talleres o reuniones, los diagnósticos comunitarios o socioproductivos y las entrevistas grupales e individuales, entre otros. Este tipo de materiales constituyen fuentes a las que el historiador no siempre acostumbra visitar, que tienen un gran valor para el análisis de dinámicas recientes y que demandan un tratamiento mediante prácticas heurísticas abiertas. La otra cuestión sobre los mecanismos de retribución, puntual y decisiva, es el

28 Como lo señala Bourdieu, el papel del académico es dual y complejo (Bourdieu, 53). En el caso del historiador, es un actor que, desde la academia, usualmente asume una posición de crítica frente al Estado y las dinámicas económicas o comerciales. Sin embargo, por otra parte, frente a las comunidades, el investigador puede tomar un papel notoriamente conservador y “verticalista”, motivado por el empoderamiento que tiene en torno a la supuesta superioridad de sus esquemas explicativos.

tema de los contratos. En otras palabras, la negociación de los términos del estudio o consultoría. Aquí las alternativas son múltiples y no tiene sentido del todo detallar sobre los posibles escenarios. Sin embargo, conviene recordar que un buen contrato, en términos ideales, es la materialización de cierto punto de equilibrio entre los intereses del grupo, la institución o comunidad y el investigador. Que se reconozca que dicho punto de equilibrio es deseable para ambas partes, es un primer paso para empezar a negociar.²⁹

El historiador y el otro disciplinario

La entrada en el juego del intercambio disciplinario es igual o más compleja que la entrada a las comunidades o grupos. Aunque el juego pueda ser menos caótico desde el punto de vista de la variación de las reglas, se encuentra cargado de relaciones de poder y de estructuras jerarquizadas. La estructura del campo universitario, como lo plantea Bourdieu, es un “estado de la relación de fuerzas entre agentes” -académicos-, y sobre todo, de los poderes que estos agentes ostentan en el plano personal y a través de las instituciones a las cuales se hayan adscritos.³⁰ La posición que tiene cada agente en dicha estructura permite entender la dinámica de sus estrategias para transformar a esta, o bien, para conservarla. La desigual distribución del poder entre agentes tiene varias fuentes, interrelacionadas entre sí. Existen desigualdades en el tratamiento y en la apreciación de la validación científica de las disciplinas, que se ha traducido de un modo simplificado en la división entre “ciencias duras” -Ciencias Naturales- y “ciencias blandas” -Ciencias Sociales-.³¹ Otra fuente de desigualdad está relacionada con la vinculación de las disciplinas en

29 Conviene mencionar el tema del “ciclo del producto”, es decir, del proceso mediante el cual “la forma” y “el contenido” del producto va cambiando según sea la ruta que toma la negociación entre las partes. A veces el producto se define en las primeras instancias, en otras ocasiones va cambiando según se modifican los intereses de los actores, e incluso, según avanza la propia investigación. Llevar una bitácora de dichos cambios es una manera valiosa de registrar la evolución del proceso.

30 Bourdieu, 171.

31 Usualmente, se asocia a las “ciencias duras” con la capacidad para predecir y para identificar patrones de desarrollo mediante la experimentación y el control de variables, en el contexto de la posición “objetiva” del investigador. No obstante, la consolidación de paradigmas y esquemas explicativos como la Teoría del Caos, así como los enfoques relacionados con la Complejidad, han puesto en duda la precisión de dichas cualidades, y en consecuencia, la base del dualismo respecto a las “ciencias blandas”. Es interesante observar que el debate alrededor de la “objetividad”, uno de los supuestos rasgos distintivos de las “ciencias duras”, ha estado presente en la Física desde inicios del siglo XX, sobre todo a partir del desarrollo del “Principio de Incertidumbre”, gracias a los estudios de E. Schrödinger, W. Heisenberg y N. Bohr. Sobre la dicotomía “ciencia dura/ciencia blanda”, véase: Manuel Gil Antón, “¿Ciencias duras y ciencias blandas? Una falsa dicotomía”, *Contaduría y Administración* (México) 153, n. 213 (mayo-agosto 2004): 151-164. Un abordaje clásico al respecto se encuentra en: Ciro F.S. Cardoso, *Introducción al trabajo de la investigación histórica. Conocimiento, método e historia* (Barcelona, España: Editorial Crítica, 1981), 89-134.

el entorno político y económico, que les brinda una posición favorable con respecto a la captación de fondos o a la valoración de su conocimiento experto por parte del Estado o el mercado. Así, por ejemplo, la Economía y la Agronomía jugaron un papel destacado en la coyuntura de la modernización desarrollista de la segunda mitad del siglo XX, al igual que ahora lo asumen disciplinas como la Genética, las Finanzas o la Biotecnología, para citar tres ejemplos. La tercera fuente de desigualdad tiene que ver con el tejido existente entre las disciplinas y las razones de prestigio social y relación de clase. La Medicina, el Derecho y la Arquitectura durante muchos años han ostentado una posición privilegiada entre las facultades de las universidades, interrelacionando, de una forma compleja, su estatus académico-científico- con los vínculos y asociaciones fuera de la universidad con las estructuras de poder y la percepción social del prestigio.³²

Para la Historia Aplicada enfocada hacia temas ambientales, rurales o económicos, la presencia en este contexto implica la interacción con disciplinas que, en el marco de la jerarquía científica -neopositivista-, cuentan con cierto diferencial de validación a favor. Incluso cuando se trata de disciplinas afines -Disciplinas Sociales-, la interacción también toma la forma de un juego de poder. Abordemos este problema en función de cuatro dimensiones: la logística, los lenguajes de comunicación, el rol del investigador y la construcción del dato. La logística se refiere a la organización de las agendas de trabajo y de publicación. La tarea del historiador que va al campo puede resultar doble, si se toma en cuenta que afronta el trabajo en los archivos y bibliotecas, a la vez que incrementa sus visitas al campo para el desarrollo de talleres, diagnósticos o entrevistas. Si acaso realiza contacto disciplinario con agrónomos o con profesionales de campo, es casi un imperativo tomar en cuenta estas actividades en la programación del proyecto. El otro plano de la logística es más complejo, porque se relaciona con el tema de la publicación de resultados, lo que lleva al problema de la validación científica. En contextos en los cuales se encuentran presentes disciplinas provenientes de las Ciencias Naturales, es posible que se estructuren estrategias de publicación de resultados en revistas y portales a los cuales el historiador usualmente no accede como autor. Esto implica el reconocimiento de otras culturas de publicación, con medios discursivos y metodológicos distintos, que demandan cierta adaptación por parte del investigador. Este es un tránsito difícil que, sin embargo, dados sus resultados satisfactorios, puede ser un incentivo para que otros actores disciplinarios también lo asuman y contemplen la posibilidad de publicar en revistas del campo de las Disciplinas Sociales.

32 Al respecto, véase particularmente el análisis que realiza Bourdieu en los capítulos 2, 3 y 4 de su texto *Homo academicus*.

La cooperación interdisciplinaria óptima parte de un contexto de diálogo entre los jugadores y de un reconocimiento, en doble vía, de sus lenguajes. Esto no es sencillo cuando se trata de investigadores que se han formado con base en el principio de la existencia de dos culturas desiguales: la científica y la de letras.³³ Aunque en el campo ambiental tenga cada vez menos sentido la separación entre Naturaleza y Cultura, es inevitable asumir que después de años de evolución, el paradigma científico dominante haya propiciado la formación de utillajes teóricos y metodológicos distantes entre una y otra cultura, de tal modo que se asigne a los científicos el papel de analistas de lo natural, y al historiador, para citar nuestro caso, de lo cultural. El historiador ambiental Donald Worster ha abordado este problema advirtiendo que es necesario que ocurra un proceso de aprendizaje mutuo entre científicos e historiadores para que el trabajo conjunto genere resultados positivos.³⁴ El historiador tiene que prepararse para enfrentar libros y artículos especializados, escritos por científicos. Al mismo tiempo, el científico debe comprender que lo que usualmente su campo define como Naturaleza es tanto una construcción de base física como de base cultural. Asimismo, que la propia Ciencia y sus teorías y explicaciones no son constructos neutros, sino que también están impregnados de lo social y lo histórico.³⁵

Además del aprendizaje, el acercamiento disciplinario demanda el reconocimiento del rol del historiador en el juego. Worster señala que al historiador no le corresponde convertirse en un “pupilo” del científico o en el asistente que busca en los archivos la información que respalda las teorías del otro.³⁶ En lugar de esto, el investigador requiere posicionarse en función de lo que podríamos llamar su “ventaja competitiva disciplinaria”, es decir, el valor agregado disciplinario que puede aportar a un equipo de trabajo. Sobre este punto, conviene recordar las ideas de Robert Solow, quien en un breve artículo publicado en 1985, cuestionaba el tipo de relación que se había establecido entre la Economía y la Historia Económica estadounidense, particularmente aquella caracterizada por el uso de modelos econométricos para analizar procesos en el pasado.³⁷ Solow se mostraba

33 Para un texto que aborda el problema de la comunicación entre “culturas científicas”, véase: John Brockman (ed.), *La tercera cultura. Más allá de la revolución científica* (Barcelona, España: Tusquets Editores, 2000).

34 Véase: Donald Worster, *Transformaciones de la Tierra. Ensayos de Historia Ambiental* (San José, Costa Rica: EUNED, 2006), 201-226.

35 Worster, 217-219.

36 *Ibid.*, 216.

37 Robert M. Solow, “Economic History and Economics”, *The American Economic Review* (EE.UU.) 75, n. 2, Papers and Proceedings of the Ninety-Seventh Annual Meeting of the American Economic Association, (1985): 328-331. Existe traducción al castellano: Robert M. Solow, *Historia Económica y Economía*, *Revista Asturiana de Economía-RAE* (España) 37 (2006): 15-21.

decepcionado por el hecho de que los historiadores económicos estaban en ese entonces ofreciendo un trabajo que se diferenciaba poco de la labor común del economista. Afirmaba Solow que: “En vez de ofrecerle al teórico de la economía una gama ampliada de ideas, este tipo de historia económica le devuelve al teórico el mismo brebaje rutinario que el economista le da al historiador”.³⁸ Para este respetado economista, el mayor aporte de la Historia Económica no estaba en el traslado de los modelos o las ecuaciones al pasado, sino más bien en aprovechar la “sensibilidad” del historiador para contrastar dichos modelos con procesos históricos reales, así como en ofrecerle al economista un “sentido de la variedad y flexibilidad de los sistemas sociales”.³⁹ Pensar en cuál es nuestra ventaja competitiva, en el contexto disciplinario en el que estamos inmersos, es entonces un buen punto de partida para evitar caer en las situaciones que Worster y Solow han advertido en sus textos.⁴⁰

El historiador y su comunidad

¿Es la Historia Aplicada diferente con respecto a la historia académica? Esta es una pregunta que parte de un dualismo falso, pero cuyo abordaje es pertinente para los efectos de este artículo.⁴¹ Primero que todo, es necesario identificar en qué punto en concreto puede ser distinta una de la otra. En términos generales, no pareciera existir una distinción significativa. Como se ha visto en las páginas anteriores, la Historia Aplicada tiene una preocupación temporal móvil, ajustada a la definición de un problema de investigación en el presente, libre para hacer retrospectiva en el espacio cronológico. Es, además, una práctica con afán de intercambio disciplinario, tal y como se ha demandado a la Historia desde varias décadas atrás. La relación con los actores sociales o comunidades no es sino la aplicación del viejo mandato de construir conocimiento con utilidad social. En la construcción del problema de investigación tampoco existe aparente diferencia.

38 Solow, 2006, 19. Obsérvese la cita completa: “Cuando reviso lo que se está haciendo en historia económica, siento la desazón de que gran parte de ello se parece exactamente al tipo de análisis económico que acabo de caricaturizar: las mismas integrales, las mismas regresiones, la misma sustitución del pensamiento por las ratios t. Con independencia de todo lo demás, ya no es divertido leer estas historias. En vez de ofrecerle al teórico de la economía una gama ampliada de ideas, este tipo de historia económica le devuelve al teórico el mismo brebaje rutinario que el economista le da al historiador. ¿Por qué debería creermelo, cuando se aplica a pocos datos del siglo XVIII, algo que no es convincente cuando se hace con más que suficientes datos del siglo XX?”.

39 Solow, 2006, 21.

40 Una crítica no convencional a los excesos metodológicos de cierta tradición en la Historia Económica puede hallarse en: Carlo M. Cipolla, *Allegro Ma Non Troppo* (Barcelona, España: Editorial Crítica, 2012).

41 Esto refiere al problema de lo que podría denominarse la “intradisciplinariedad”, esto es, la relación que establece el historiador y sus colegas del gremio. ¿Será igual o aún más conservadora la relación del investigador con su “otro gremial” con respecto a la relación con su otro disciplinario?

La Historia Aplicada formula problemas socialmente pertinentes, pero de igual manera tiene que elaborar dichos problemas con el sentido lógico y crítico que demandan los medios científicos de validación. Los problemas de investigación en Historia Aplicada, aun construidos en el marco de la negociación con actores, no deberían esquivar esta exigencia. La Historia Aplicada, tanto como la historia académica, requiere de esa pieza fundamental en el engranaje de todo estudio. Por tanto, si el problema está social y científicamente construido no hay espacio para la desigualdad, porque los buenos problemas, ya sean “aplicados” o “académicos”, son como las familias felices de Tolstoi: todas se parecen entre sí. Elemento por elemento, se puede decir que la Historia Aplicada lleva el sello implícito de la historia académica desde el punto de vista teórico y metodológico, mientras que la historia académica no manifiesta explícitamente el sello de la interacción directa con los actores sociales, típico de la primera. La relación entre una y otra práctica, antes que excluyente, es inclusiva y cooperativa.

Sin embargo, desde una perspectiva más amplia, ante la percepción que pueda tener el observador externo y en la proyección que realiza el investigador sobre su práctica, la Historia Aplicada se reivindica como distintiva a partir de dos sentidos: en el sentido de la praxis y en el sentido de la proyección epistemológica. En lo que se refiere a los estudios agroecológicos o rurales, la participación al lado de los actores o grupos sociales requiere del manejo de agendas de trabajo que replantean los esquemas tradicionales con los cuales se desarrolla una investigación académica en Historia. La interacción con dichos actores supone, además, una dinámica fluctuante y previsiblemente intensa en cuanto a la generación de resultados de investigación a corto plazo, lo que obliga al investigador a desarrollar estrategias de respuesta adecuadas para el caso.⁴² Sugiere, asimismo, cierta versatilidad en cuanto a la construcción de las fuentes, incluyendo en el abanico materiales y productos no catalogados (informes de consultorías, encuestas a productores, entre otros), que guardan un especial valor para explicar períodos recientes, en los que el funcionamiento del Estado ha producido información cada vez más agregada.

La proyección epistemológica se relaciona con el potencial de la Historia Aplicada para constituirse en una de las puertas de entrada al debate de los

42 El tema de los “tiempos de respuesta” en la Historia Aplicada es un elemento que se entiende en el contexto de nuestra cultura de investigación con fondos públicos. Esta cultura se ha desarrollado con tiempos suficientemente extensos como para producir conocimiento de calidad, pero que no necesariamente corresponde con lo que determinados grupos sociales demandan desde el punto de vista de la prontitud y aplicabilidad del conocimiento. Al respecto, es saludable comparar este caso con la situación vigente en otros países, donde los fondos para la investigación pueden estar focalizados abarcando períodos más cortos para la producción de resultados. Para ejemplificaciones de esta dinámica en Europa y Estados Unidos, véase: Pierre Joliot, *La investigación apasionada* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2004).

umbrales del paradigma científico neopositivista y la denominada Ciencia Posnormal. En las últimas décadas se ha ampliado la discusión acerca de los límites del paradigma científico neopositivista. Funtowicz y Ravetz han planteado la idea de que la ciencia moderna ha estado cautiva de una excesiva simplificación y abstracción de la complejidad que impera en la Naturaleza.⁴³ Aunque se reconoce el valor y la necesidad de dichas tendencias, se sugiere que la ciencia debe abocarse al estudio de la complejidad partiendo de nuevos principios. Este tipo de posiciones demandan que la ciencia reconozca que sus planteamientos están cargados de valores y subjetividades, por lo que su racionalidad –la racionalidad científica– no es exclusiva. Existen diferentes tipos de conocimientos, no validados metodológicamente, con componentes explicativos y de cambio, que reclaman también legitimidad, tal es el caso, por ejemplo, de los conocimientos agrícolas campesinos, indígenas u otros saberes no formalizados o certificados. Además de la evaluación de la fiabilidad del dato en el interior de la comunidad científica, se considera necesaria la valoración de los servicios y beneficios que presta el conocimiento con respecto a las necesidades y expectativas de la sociedad. Esto supone que la precisión del dato científico sea trascendida –y no sustituida–, como preocupación y validación, por la calidad del dato, en el marco de la acción de una “comunidad de pares” integrada por científicos pero también por actores sociales.⁴⁴ Este tipo de posiciones asumen como imperativo que la construcción del dato sea transdisciplinaria. Aunque se reconoce el valor del método analítico especializado como un instrumento cognitivo pertinente en determinados momentos y con cierta funcionalidad, la aspiración es reformular el principio de causalidad lineal en busca de un principio de “causalidad contingente, pluralista y equifinalista”. Como lo indica Garrido Peña, en el caso particular del paradigma ecológico se integra “...la reformulación del principio de causalidad de la mecánica clásica -unidireccional y necesario- a un principio de causalidad contingente, pluralista –polígono causal– y equifinalista –una misma causa produce distintos efectos y un efecto es producto de distintas causas–”.⁴⁵

La importancia de este debate invita al historiador a prepararse adecuadamente para asumir una posición al respecto. Pero, más allá de esto, invita, además, a reconocer la oportunidad que representa esta coyuntura para la Historia Aplicada de constituirse en una práctica “punta de lanza” en la búsqueda de procesos de construcción del conocimiento que trasciendan los esquemas verticales,

43 Silvio Funtowicz y Bruna de Marchi, “Ciencia posnormal, complejidad reflexiva y sustentabilidad”, en: *La complejidad ambiental*, (ed.) Enrique Leff (México, D.F.: Siglo XXI Editores, 2009), 54-84.

44 *Ibid.*, 74-80.

45 Francisco Garrido Peña, “Sobre la epistemología ecológica”, en: *El paradigma ecológico en las Ciencias Sociales*, Francisco Garrido (et.al.) (Barcelona, España: Icaria Editorial, 2007), 51.

predominantes hasta el momento. La experiencia acumulada en la relación con comunidades y grupos, así como el afán interdisciplinario que la distingue desde sus orígenes, son ventajas competitivas para que la Historia Aplicada tenga una posición relevante en esta discusión dentro y fuera de la disciplina histórica.

Para el debate

González de Molina y Toledo señalan que han existido tres funciones usualmente asignadas a la Historia en la sociedad: la identitaria, la cooperativa y la orientativa. Las dos primeras han permitido “insertar al individuo en una trayectoria intergeneracional”, brindándole un sentido de pertenencia a un entorno territorial, social y cultural, así como el reconocimiento de su participación en un Estado Nación, con instituciones y reglas de juego legitimadas.⁴⁶ La tercera de las funciones ha sido la orientativa: la labor de orientación explicativa con respecto a los modos como se han organizado las sociedades durante la Modernidad y debido a la necesidad, según sea el caso, de transformar dichos modos mediante la ruptura –revolución–. En esta tercera forma, la Historia ha jugado un papel determinante como insumo para la argumentación y la legitimación moral e ideológica del cambio, es decir, de los paradigmas que han racionalizado la transformación. Estos autores sostienen que alrededor de esta tercera función, la Historia puede jugar un papel relevante en el presente y el futuro. Así, por ejemplo, la actual crisis ecológica demanda un papel “más activo” y “más práctico” de la disciplina, particularmente de campos como la Historia Ambiental.⁴⁷ La Historia puede asumir un rol orientador con respecto al análisis, en la larga duración, de procesos globales como las variaciones climáticas, así como al abordaje sistémico de la sustentabilidad de sistemas socioprodutivos.⁴⁸ En la escala local, el aporte también sería significativo mediante la recuperación de conocimientos y técnicas tradicionales que permitan el desarrollo de sistemas de producción sustentables desde el punto de vista social y ambiental. Las posibilidades de desarrollo de la Historia Aplicada en este contexto son múltiples. En el caso de los estudios agroecológicos o ambientales, así como en temáticas tales como el Desarrollo Rural, el acercamiento y la construcción conjunta de problemas de

46 Manuel González de Molina y Víctor M. Toledo, *Metabolismos, naturaleza e historia. Hacia una teoría de las transformaciones socioecológicas* (Barcelona, España: Icaria Editorial, 2011), 343.

47 *Ibid.*, 345-346.

48 El Laboratorio de Historia de los Agroecosistemas, de la Universidad Pablo de Olavide, en Sevilla, España, ha desarrollado desde hace varios años un programa de investigación interdisciplinario que ha logrado abordar problemáticas del presente con una perspectiva de larga duración, con resultados que han trascendido la escala universitaria. Véase, por ejemplo, el siguiente vínculo: http://ccaa.elpais.com/ccaa/2012/02/28/andalucia/1330452725_323133.html (Última revisión: 27-10-2012).

investigación con las comunidades se han vuelto imperativos para que las iniciativas de cambio y solución sean sostenibles en el tiempo. De igual manera, en otros campos temáticos de la Historia las oportunidades serán variadas.⁴⁹

¿Es la Historia Aplicada un campo especializado de estudio? A mi parecer la Historia Aplicada es Historia adjetivada. El adjetivo lleva la intención de destacar el interés por acercarse a la sociedad mediante la formulación de problemas de investigación a partir de agendas comunes o contrastadas. Esto hace posible el desarrollo de procesos de construcción conjunta de conocimiento, los cuales pueden suponer relaciones y acompañamientos continuos, esporádicos o regulares entre académicos, actores o instituciones. El producto de estos vínculos puede tomar la forma de un resultado tangible, como un informe, una publicación o una actividad concreta, o bien, un resultado intangible, relacionado con un tejido de contactos e intercambios, procesos de apropiación y síntesis de determinadas metodologías o tipos de información. El resultado principal es, antes que nada, el espacio emergente de interacciones entre los actores. Dependerá del historiador la manera como capitalice y rentabilice ese espacio, en términos de su necesidad de validación académica -resultados de investigación- y de su responsabilidad social como investigador en la comunidad o institución en la que se adentre. Por su parte, dependerá de los actores sociales la manera como se aproveche el conocimiento para su apropiación y utilización en el interior de la comunidad o institución. En una situación ideal, la oscilación entre los intereses y los utillajes de los actores llevará a “horizontalizar” la construcción y la cualificación del dato científico, así como a “sistematizar” la calidad del dato y su interpretación, utilizado por los grupos sociales para la toma de decisiones. La Historia Aplicada es, esencialmente, Historia y por ello no debe renunciar a aquello que ha convertido a esta en una disciplina que analiza y explica a partir de medios críticos y científicos de validación. Pero que considera, además, el actual debate sobre los límites de la explicación neopositivista como una presión de contexto que demanda la reconsideración de la calidad del dato y su interpretación, tomando en cuenta la apropiación y la validación comunitaria como acciones evaluativas legítimas. Es Historia con un adjetivo, nada más, pero nada menos.

49 En la actualidad, en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional se desarrollan proyectos de investigación sobre temáticas tales como Ciudadanía Crítica (<http://www.ciudadaniacritica.una.ac.cr>), producción editorial, historia y amenazas naturales, historia de agroecosistemas e incendios forestales, así como abordajes históricos sobre la Sustentabilidad (<http://www.ohaa.una.ac.cr>), los cuales conllevan propuestas de acercamiento con actores sociales. Ciertamente, “antes de la Historia Aplicada”, en dicha unidad académica desde la década de 1980 se impulsaron varias iniciativas de trabajo con productores agrícolas, grupos sociales y comunidades. Véase: José Daniel Gil Zúñiga, “De la historia oficial al saber popular: Talleres de historia de Costa Rica”, *Revista Perspectivas* (Costa Rica) 5, n. 2 (2008): 85-119. Además: Mario Samper (Compilador), *Metodologías convergentes e historia social del cambio tecnológico en la agricultura* (San José, Costa Rica: Progreso Editorial, 2001).